

REVISTA LITERARIA KATHARSIS

Sembrador

Elba Hernández



Digitalizado por Katharsis

[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Rosario R. Fernández

rose@revistakatharsis.org

SEMBRADOR

El andén de la pequeña estación, esa mañana se veía diferente, comúnmente, son pocas las personas que asisten a la salida del tren, uno o dos vendedores de alimentos y quiénes acompañan algún pasajero para abordar la máquina de acero, ésta, resonando, anuncia la pronta salida al viaje cotidiano de cada semana, sus resoplidos, asustan a los niños que se aferran a la falda de la madre y ocultan su rostro.

Este día hay mucha gente, unos suben o bajan las escalerillas del andén, arrastran o cargan bultos y maletas de diferentes dimensiones... ¡de prisa!... solo unos minutos más y la máquina emprenderá la marcha.

Los resoplidos de ésta aumentan... de pronto, de sus entrañas, la nube más grande de vapor sale, espectáculo nunca visto por los azorados infantes,...por unos instantes, la máquina del tren desaparece entre la blancura del vapor que se ha extendido y cubre en gran parte la escena donde algunos de los pasajeros caminan hacia las puertas de aborde, el silbato de un garrotero se escucha, acompañado de un..."¡aaaamonoooooos!"

De pronto, como una aparición, entre la nube de humo, paulatinamente avanza la figura de un hombre de gran estatura, cubierto con un gabán y sombrero de ala corta, hacia la puerta del carro de segunda clase, donde un empleado del ferrocarril, hace señas enérgicas a los viajeros, apremiándolos para el aborde....

El hombre del gabán, emerge de entre la nube de vapor, como un ser mitológico, cargando un pesado morral, ignora a quienes lo miran con asombro, salta al estribo, provocando un crujido en el metal, como un quejido por el peso de su cuerpo... el morral está atorado en un ángulo de la puerta, le impide avanzar... con un movimiento enérgico, lo libera y avanza hacia el interior del furgón, donde una hilera de bancas de madera, sin color, atornilladas con firmeza, le dan la bienvenida.

Camina unos pasos, busca el centro del carro, se deja caer en el asiento junto a la ventanilla, la abre hasta la mitad y observa a los pasajeros que avanzan con prisa a sus respectivos vagones.

Comienza a sentir que la mole de acero se mueve, el viaje ha iniciado, reacomoda su cuerpo, coloca su pesado morral en el asiento, a manera de apoyo, recarga con alivio su cabeza en él y cierra los ojos.

Por unos minutos permanece así, el cabello con algunas canas asoman bajo el

sombrero, el rostro con pocas arrugas, refleja paz, algo de cansancio quizá, es fácil adivinar que apenas rebasa los cincuenta años, las manos rugosas, ásperas, hablan de un trabajo duro.

Tímidos rayos de sol y un viento ligero, entran por la ventanilla, el tren inicia un movimiento rítmico, toma velocidad, el hombre se deja arrullar con el chaca-taca-chaca-taca de la máquina...un sopor lo hace perder por un momento la conciencia,...duerme.

De pronto, algo roza su pie, despierta sorprendido, un par de ojos oscuros, semejantes a semillas de sandía, lo miran en silencio.

El niño moreno vestido con pantalón de mezclilla y suéter de acrilán, no deja de verlo, él voltea a su alrededor, pretende con ello cambiar el interés de su observador compañero de viaje, espera que éste, desvié sus ojillos y quiera saber como él, cuántos pasajeros abordaron el tren en el carro de segunda clase, cuenta rápido, girando la vista hacia la derecha y la izquierda, esta vez son más los viajeros, regularmente va solo o con dos o tres personas; Ahora suman diez, y...¿ esta señora?...¿porqué se ha sentado aquí con su hijo frente de mí, habiendo tanto lugar vacante? - piensa- mientras vuelve a conectar su mirada a la del niño...decide romper el hielo, le sonrío, no obtiene respuesta...

-¿cómo te llamas?,- un silencio prolongado...-la mujer voltea y apremia a su hijo a que conteste con un ligero codazo...Pablo Javier... ¡ah!... ¿qué edad tienes?...tengo ocho años cumplidos, la madre aprueba la respuesta de su hijo sonriendo apenas, el hombre del gabán responde igual, con una sonrisa apenas dibujada en sus labios... da por concluida la presentación, se queda pensando en qué momento podrá cambiar el rumbo de esa relación efímera.

Decide volver a "dormir", aunque no logrará su objetivo, Pablo Javier no deja de observarlo, él siente los ojillos negros sobre su cara como si un par de lámparas le aventaran sus rayos de luz, hace un esfuerzo por ignorar la situación, no le molesta, pero tampoco resulta muy cómodo en un viaje, llevar a un niño enfrente en incómoda inspección.

Entreabre los ojos, mira el cielo, la ubicación del sol indica que pronto estarán entre las alturas de la montaña...

El silbido de la locomotora, le permitió desafanarse, voltea distraído, pretendiendo ver a qué lugar están por llegar, se asoma por la ventanilla, mira a los vendedores de la estación, a la que han llegado, la última, a partir de ahí, el camino será largo y no verán población alguna, hasta llegar a la capital, será la montaña con sus imponentes bosques quiénes los acompañarán por muchas

horas...hasta el anochecer.

Un fuerte rechinar de metales, anuncian el alto total de la máquina, espera unos segundos, toma su morral, sonriendo, se encamina hacia la salida, en unos segundos, en tierra firme, está comprando con la señora de la gran canasta que no falta en la pasada del tren, ofreciendo diferentes productos, que serán el único alimento que tendrán los pasajeros hasta el anochecer que lleguen a la capital del estado.

Con movimientos lentos, paga el importe de su compra, la delgada mujer, de la canasta descomunal, se despide con una sonrisa, le da la espalda, él guarda en el morral los envoltorios adquiridos y aborda nuevamente el tren.

Aprovecha el momento y decide alejarse de sus compañeros de asientos, toma el lugar opuesto al de madre e hijo, coloca su morral en el asiento del frente y se acomoda ocupando todo el espacio de la banca, Pablo Javier, aún con la distancia de por medio, persiste en mirarlo con insistencia.

La mañana se ha ido, ya es medio día, el rechinar de engranes acompañado del chaca- taca-chaca-taca, han arrullado a los pasajeros, todos dormitan o intentan hacerlo, están penetrado a la zona boscosa, por las ventanillas del tren, escena tras escena con gran velocidad, pasan ante los ojos del hombre del gabán que sin quitar la mirada de la ventanilla, se quita el sombrero y el sarape café, su cabello entrecano crecido arbitrariamente, luce en desorden.

Las manos del pasajero, hurgan afanosamente dentro del morral, extrae un costalillo pequeño de manta, sucio, con jareta, cuidadosamente revisa el contenido, busca algo en el bolso de la chaqueta azul de mezclilla desteñida, un pequeño tubo, ocre, pulido, aparece entre sus dedos, mientras saca parte del contenido de la bolsilla, coloca entre sus labios, el delgado tubo de madera, que aparenta ser un cigarro de tamaño extraordinario, pero que realmente es un tubillo hueco.

Con la cabeza y parte del torso fuera de la ventanilla, el viajero comienza a manipular pequeños objetos que introduce en la boca y arroja con lo que hace las veces de una cerbatana, una y otra vez repite la operación por varios minutos, retoma un descanso en su asiento y acciona por otros minutos, saca otra bolsita de tela, distinta a la primera y repite la acción varias veces....Pablo Javier, aunque ha dormido por algunas horas, al despertar mira intrigado al hombre vestido de mezclilla, mientras come, lo que su madre ha puesto en sus manos.

El atardecer comienza a despuntar, los rayos del sol en sesgo, le da al talud de las vías el aspecto de una gran obra abstracta, recién limpio de arbustos, la tierra

fresca y piedras formando pequeños montículos prolongan sombras y luces, que nuestro pasajero observa con embeleso, mientras limpia el alargado tubillo y acomoda los pequeños costalillos cuidadosamente dentro del pesado morral, antes de una hora será de noche, el fin del viaje se acerca, los pocos viajeros lucen agobiados, han pasado más de diez horas sentados en los asientos del vagón de segunda, tan duros como la madera puede ser.

Han transcurrido algunos años, la gente continúa viviendo sus rutinas en las pequeñas poblaciones que en forma paralela con las vías del ferrocarril, tienen sus calles y que ahora han cambiado, después de haber visto pasar muchas generaciones y diferentes acontecimientos.

La existencia del hombre del gabán, que ahora con más de setenta años de edad, y la estatura de su cuerpo disminuida, carga el mismo morral, éste también ha sido víctima del tiempo, sus colores han desaparecido y algunas roturas se dejan ver en algunas partes.

La población ha sufrido un considerable crecimiento, por lo que el ferrocarril ahora viaja cada tercer día de la capital a la serranía... las vías han sido mejoradas, el trayecto requiere menos tiempo para ser cubierto de estación a estación, basta saber que la vieja máquina de vapor ha sido sustituida por una moderna, que alcanza velocidades superiores, el flujo de pasajeros ahora regularmente se ha multiplicado en cantidades superiores, varios vagones de carga agregados, hablan del progreso comercial de las poblaciones que quince años atrás no ostentaban.

Un hombre viejo, cargando su morral y una vieja cobija sobre los hombros, regularmente aborda el vagón de segunda clase, que aun sin los asientos de primera clase, proporcionan comodidad a los usuarios, las viejas bancas, han sido sustituidas por otras más cómodas para el viajero, una de éstas, regularmente la misma, es ocupada por el viejo, quién apenas unos minutos de emprender la salida de la máquina de acero, saca su cerbatana, costalitos y comienza a tirar por horas, pequeños objetos por todo el trayecto, apenas descansa para tomar algunos alimentos o dormir.

Casi todos los que viajan lo conocen, mucha gente lo ve como parte del tren, es respetado, poco hablan con él e igual saben de su vida, algunos empleados del ferrocarril que han envejecido en su trabajo, son quienes de vez en vez conversan con cierta familiaridad y saben más sobre el hombre del cuál ignoran su nombre y apellidos, ya que solo es conocido como Pedro Solo.

Esa mañana, la ciudad luce nublada, es verano, la lluvia se anuncia con esa aroma de tierra mojada que provoca euforia a los que transitan de arriba a bajo

entre los andenes pletóricos de gentes.

Pedro Solo, ahora más encorvado y encanecido, camina despacio, el estribo del vagón ya no rechina con su peso, haciendo esfuerzos, toma con ambas manos los tubos que a cada lado de la puerta ofrecen su ayuda, toma impulso y aborda el tren, se dirige a su lugar, cuando ha sido ocupado por otra persona, hace un gesto de molestia y busca otro asiento,

Con lentitud, comienza a preparar su actividad, su cerbatana está desgastada y los costalillos lucen algunas roturas, ahora duerme más, con frecuencia el que se encarga de los boletos mueve su hombro al solicitar el billete de pasaje e interrumpe el sueño de Pedro Solo.

Esa mañana, viaja un hombre joven, acompañado por dos mujeres ligeramente de más edad que él, habla en voz alta con ellas, les explica sobre el tiempo que se lleva el viaje, las características de la sierra, el clima y condiciones en que se vive en la región de la sierra, una de ellas menciona con euforia, lo entusiasmada que se siente, es la primera vez que viaja a estos lugares, no se imaginó que alguna vez tuviera que desempeñar su trabajo en estas latitudes.

-Yo soy de por acá, y he comenzado a trabajar en esta tierra, después de unos años que trabajé en el sur, luego de terminar la carrera-

-¿es usted ingeniero forestal?

-No, soy maestro, nací en esta cabecera municipal, apenas comencé a trabajar en la escuela del lugar...después de más de quince años que estuve al sur del país, donde cursé mis estudios...

¿ las dos son enfermeras?

-Sí- mi nombre es Diana...Diana Flores-

-Yo soy Eugenia Solís Peralta, no soy del estado, vengo de la costa...del Pacífico.

-Bueno, pues ya saben, con gusto, lo que se les ofrezca, mi nombre es Pablo Javier...

Cuando Pedro Solo escuchó el nombre, reaccionó, volteó hacia el lugar de donde venían las voces, sus ojos cansados se encontraron con otros...muy negros, como un par de semillas de sandía, un rostro armonioso, moreno y labios ligeramente gruesos.

Por unos momentos, los dos intentaron desviar los ojos hacia otro lado, más

Pablo Javier, insistentemente, obligó a Pedro Solo a sostenerle la mirada...

El viejo, sintió que algo recorre su cuerpo, el corazón aceleró ligeramente los latidos y un calorcillo cubrió la parte superior de su cabeza, que ahora lucía descubierta, dejando ver a plenitud una cabellera abundante, desordenada completamente plateada.

Pablo Javier, interrumpió su conversación con las compañeras de viaje, que extrañadas no se explicaron el cambio de su ocasional amigo, viendo cómo, lentamente, controlando el movimiento del tren, se puso de pie y comenzó a caminar hacia el asiento donde Pedro Solo, petrificado, como si esperara ese momento, recorrió sus pertenencias del asiento de enfrente, abriendo el espacio para que el joven de los ojos rasgados, lo ocupara...tres zancada y Pablo Javier sentado frente al viejo, sonriendo, tomó sus manos entre las de él.

-¡Usted es...!... ¡tanto tiempo....!

-Yo soy, muchacho...y tú eres aquel niño de ocho años cumplidos...

-¡el mismo....!

- me fui muy chico de la sierra, mis padres tuvieron que emigrar por el trabajo...lejos, por allá por el sur, donde crecí y terminé mi carrera, después de dos años trabajando en la misma región, se me hizo regresar aquí...antes, apenas tres ocasiones en diferentes fechas pude venir por pocos días...fue cuando me di cuenta de usted, solo lo vi tres veces después de aquella primera vez, que iba con mi madre a la capital, pero hace siete años que viajé por acá, la última vez, me di cuenta de su labor...y de los resultados, usted ha sido mi tema de tesis, después de aprobarla exitosamente, pretendo presentar un proyecto sobre los bosques de aquí...reforestación adecuada a cada ecosistema, aunque mucha gente no se ha dado cuenta el porqué todo el trayecto de la sierra por donde transita el tren goza de una vegetación única, con los árboles que le corresponden y los arbustos idóneos, usted con la cerbatana y las semillas indicadas tiene la experiencia vivida, la satisfacción de ver los resultados de una labor callada, muy sabia, llena de amor a la tierra...

No terminó de hablar Pablo Javier, los ojos del viejo lo interrumpieron, copiosas lágrimas bañaban el rostro arrugado de Pedro Solo...

El joven profesionista, emocionado también, dominando sus lágrimas, levantó la mano derecha con lentitud, acarició la mejilla húmeda de Pedro Solo, mientras con la otra extrajo un pañuelo de la bolsa de la chamarra de mezclilla azul y se lo

tendió al viejo, con suavidad éste lo rechazó sacando un paliacate en rojos desteñido, secó su rostro y sacudió con fuerza la nariz.

Un silencio envolvió a los protagonistas de esta historia, como si se hubiesen puesto de acuerdo, los dos voltearon a la ventanilla del tren, que con su vertiginosa velocidad, les mostró paisajes en manchones verdes, como si un Van Gogh con el impresionismo de su pincel hubiera puesto el color...

En el bolsillo del sembrador una cerbatana asoma la punta desgastada, éste la saca, toma la mano de Pablo Javier, la deposita en ella, cierra los dedos del muchacho, nuevamente su rostro comienza a bañarse con el llanto que fluye copiosamente, no hace ningún intento por limpiarlo, trata de hablar...Yo siempre lo supe...sembrar es bueno...Tú fuiste mi mejor cosecha....

Edición digital Pdf para la Revista Literaria Katharsis

http:// www.revistakatharsis.org/

Rosario R. Fernández

rose@revistakatharsis.org

Depósito Legal: MA-1071/06

Copyright © 2009 Revista Literaria Katharsis 2009